

FRANCISCO MIRALLES



EN EL MUELLE DE BARCELONA

Propiedad de D. E. Güell y Bacigalupi.

LA PRIMER LIMOSNA

Bonus est pretolari cum silentio
salutare Dei.
(Bueno es esperar en silencio el
sacorro de Dios.)

Las postreras luces del día acababan de extinguirse. Aterida de frío, y recostada en una de las mesas del mercado de San José, había una mujer de aspecto triste y miserable, la cual sujetaba cariñosamente a su nietecita huérfana.

Un rostro demacrado que descubre las huellas del más profundo pesar, acaba por sumirse en el adormecimiento que producen los achaques de la vejez; y aquella infeliz durmióse en el banco.

La pequeñuela contemplaba con gesto de asombro á su abuelita. Acertó á pasar en aquel instante un mozalbete de mala catadura y peor instinto. Al fijarse en la pareja acurrucada, se detuvo; y dirigiendo atrevidamente sus pasos hacia allí, empezó á aligerar con suma destreza los bolsillos de la pobre mujer.

La niña presenció sin chistar aquella maniobra. Siguió con la vista al ladronzuelo, quien metiéndose algunas monedas de cobre en el bolsillo, fuese refunfuñando.

La huérfana rompió á llorar silenciosamente... Los pocos transeúntes que cruzaban por el mercado desaparecían con rapidez, impulsados por el frío.

Comenzó á caer nieve en abundancia, convirtiendo el piso en inmensa sábana de resplandeciente blancura...

De vez en cuando el reloj de la catedral lanzaba al aire sus melancólicos sonidos.

—Abuelita... abuelita,—exclamó con dulce voz la niña. Aquel acento tan querido se infiltró en el ánimo de la anciana, despertándola. Estrechó amorosamente á su nietecita, cubriéndola de besos. —¡Hija de mi corazón! ¿Qué tienes? —Tengo frío...



MARGHERITINA. — ESCULTURA DE MIGUEL BLAY.

—¡Pobrecilla! Ahora te voy á comprar con las ocho *peras* grandes que tengo un pañuelito de lana. Con él te abrigaré y no sentirás tanto frío. Ven, hija mía.

—Y usted, ¿qué se compra, abuelita? —¡Oh! nada necesito. Y registró sus bolsillos. Echando de menos la cantidad robada, exclamó dolorosamente:

—¡Me han robado, me han robado el dinero!... Ya no podré comprar el pañuelo á mi adorada Regina. ¡Regina de mi alma! ¡Nos han robado los últimos ochenta céntimos!

Aquella desgraciada se echó á llorar, besando á la tierna criatura.

—¡Dios mío! ¿Qué va á ser de nosotras?... Pero ¿por qué te arrodillas? —Ayer, momentos antes de morir mamá en el hospital, me dijo que en el infortunio rezara un *padre nuestro*, y ya lo he rezado,—contestó con sencillez la niña.

—¡Virgen santa! ¿Oírás las súplicas de este ángel? Y la pobre sexagenaria se puso á orar también.

Seguía nevando... Del fondo de la calle destacáronse dos sombras. La abuelita llevó á la práctica inmediatamente una idea luminosa.

—¡Fracasaría? Confiando en aquel supremo recurso, pronunció esta frase: «¡Dios nos protegerá!»

Y dirigiéndose á los desconocidos, exclamó con angustiado acento: —¡Una limosna para esta huérfana!

Al oír ésto, ambos personajes se detuvieron. Sacó el hombre una moneda de plata y la puso en la huesosa mano de la anciana, diciendo á su compañera:

—Cúbrete bien, Irene, que hace un frío atroz.

—Y un viento horrible,—añadió la que parecía su esposa.

—Pero ¿no andas? —Mira, Julián: mira qué hermosa es esta niña.

—Tiene un semblante encantador. Pero... vamos.

—Deja que la bese... ¿Cómo te llamas? —Me llamo Regina, para servir á ustedes, y tengo cinco años.

—¡Reginal! ¡Pobre criatura!... Dame otro beso. ¿Quieres? —¡Vaya si quiero! A mamá le daba muchos.

—¿Murió? —Está en el cielo.

—Quedó sin padre hace dos años, y su madre exhaló ayer el último suspiro en el hospital.

Conmovida Irene, deslizó al oído de Julián estas palabras: —Querido esposo: tú que eres tan bueno... ¿quieres que prolijemos á esta infeliz?

—Pero... ¡Irene! —Te lo suplico. ¿Quieres? —Bien, cúmplase tu deseo.

—¡Oh! Gracias. ¡Qué bueno eres, querido Julián!

Irene cogió de la mano á Regina y la cubrió con su abrigo, diciendo á la sexagenaria:

—Póngase usted á mi lado, buena mujer. Desde hoy quedan ustedes á nuestro servicio. En casa comerán bien y dormirán mejor. Y en cuanto á la niña, creo que no se opondrá usted á que haga yo las veces de su madre.

—¡Oh! Señora, señora! ¿Es usted un ser humano ó un ángel? Y la abuelita quiso decir algo más; pero un sentimiento inefable de gratitud entorpeció su palabra, hasta el punto de hacerla prorrumpir en tiernísimos sollozos...

FRANCISCO DE P. COLLADO

PAISAJE

Reteniendo el paso y acallando el habla, los dos nos pusimos un punto á escucharla, la canción tranquila de la luna blanca, de la luna triste sobre las montañas. Bajo la indecisa claridad opaca, trazaban los pinos uniformes manchas; soñaban los ríos entre las caídas y hablaban en sueños de cosas extrañas. De las grandes rocas prendida á la espalda, la sombra, los hondos rincones llenaba; y, al paso del aire crugiendo las ramas, tal vez un quejido siniestro lanzaban. Corrían, á veces, las estrellas pálidas; y negra, á lo lejos, y desfigurada moría la sombra de una humilde casa, de una casa oculta bajo las montañas. Sus ventanas negras, su puerta cerrada, la luz de la luna cubría la casa; tal vez quien la habita sonrre y descansa, tal vez un eterno sopor lo amenaza. Pasamos de largo, sintiendo embargada el alma de sueños y memorias vagas y siguió tranquila, sobre las montañas, rodando hasta el suelo la canción callada de la luna triste, de la luna blanca.

E. MARQUINA

NOCHE... ¿BUENA?...

ELLO era que don José, á despecho de sus cincuenta años, de su protuberante abdomen, de sus piernas aquilotadas por siete lustros de vida alegre, y de su grasiento cervigullo, se creía capaz de enloquecer y despepitarse á las mujeres más sesudas, y de ser manzana de discordia entre las amigas mejor avenidas.

Así fué, que aquella noche el veterano don Juan no sabía cómo componérselas, para hurtar donosamente el compromiso en que su juvenil palmito y coquetería le pusieron. Pues, aunque Consuelo era la moza por quien él andaba babeando y bebiendo los vientos, también ella tenía una amiga, Ignacia, que le miraba con dulce y muy significativa afición. Don José comprendía que cometió una verdadera chiquillada invitándolas á



cenar juntas, porque, en lides amorosas conviene separar para vencer, como hizo con los curiáceos el más político de sus rivales; pero, ¡diantre! ¿quién es el descortés que tiene cuajo y redafios para desairar el ruego de una mujer bonita... El había invitado á Consuelo, pero Ignacia, que no pecaba de prudente, se propuso á decir:

—¡Cómo!... ¿Y yo no merezco asistir á la fiesta... Pues sepa el roñoso anfitrión, que comere por cuenta mía, y aun tendré gusto en ayudarle á pagar el gasto.

A lo que don José repuso, á fuer de rendido y galán caballero:

—Venga usted con nosotros, Ignacia, y olvide el error en

que incurrió no convidándola, pues obedeció á flaqueza de memoria, que no á ruindad y tacañería.

Y mientras don José acudía al lugar de la cita, con el magín ocupado en estos pensamientos, ellas caminaban hacia el mismo sitio, cogidas del brazo y andando de prisa; con un alarmante roce de enaguas y un intenso olor de ropas limpias y recién perfumadas.

—¿Sabes — decía Ignacia, — que ese vegestorio está loquito por tí, y que para esclavizarle completamente te bastaría con abrir la boca?

—Eso creo yo también... Pero, hija, no le quiero, no me entra por los ojos, ¿entiendes?... Unas veces su figura me mueve á risa, otras me inspira asco, con aquellas trazas de fraile motilón que su madre le dió, y aquella boca desdentada, negra y mal oliente, como un ataúd entreabierto... Por ahora procuremos pasar una legítima Nochebuena; después, entre el ruido de la fiesta y los vaporcillos del Jerez, mala será nuestra suerte si no encontramos una ocasión para escurrirnos bonitamente.

—¡Quital... Es muy difícil que los pollos burlien á los recoveros. Aunque... ¿quién sabe?... Tal podían caer los dados...

La cena se realizaba en un gabinetito reservado del antiguo Café Habanero. Don José, sentado entre las dos amigas, parecía llevar la batuta de aquella orquesta de voces y de alegres carcajadas juveniles. Consuelo estaba á su derecha, apoyada de codos sobre la mesa, luciendo sus antebrazos mórvidos y su busto opulento y amplio de jamona; con su frente broncínea y estrecha de chulona testaruda, sus pálidas mejillas tizianescas y su boca apetitosa y fresca como un chorro de agua... Al otro lado estaba Ignacia, muy jorifa y vistosa también, pero rubia, y con el cimbreante talle arropado entre los pliegues de un mantón filipino, multicolor, abigarrado y deslumbrante como la pesadilla de un colorista andaluz.

La cena fué desarrollándose tan felizmente que don José, á pesar de hallarse muy avezado á tales zaragatas, empezó á sentir los primeros amagos de la embriaguez. La manzanilla corrió en abundancia, acreditándose ambas amigas de ser mozas ocurrentes y decidoras.

Al filo de la media noche y después de saboreado el café, don José, satisfechísimo de sí mismo, dijo á Consuelo:

—Dáme esa mano, que quiero adornártela con una sortija...

Y como la interpelada se mostrase propicia á complacerle, Ignacia pareció amostazarse:

—Si empezáis así,—dijo,—yo también reclamo un regalo.

—¡Eso, no!—exclamó su amiga.

—¿Y, por qué? —Porque no quiero,—repuso Consuelo formalizándose.

Entonces él, reventando de satisfacción y envanecido como un pavo, trató de poner paz entre las reñidoras.

—Vamos, niñas, no amontonarse por regalillo de más ó de menos. Pero Consuelo parecía cada vez más encrespada y furiosa.

—Eso es lo que tú quisieras,—dijo,—pero las brevas están verdes aún...—Y agregó, encarándose con su amiga:—Pepe ha venido conmigo, ¿sabes?... es mi amigo y no se lo cedo á nadie...

—Si te enfadas,—respondió Ignacia que no sabía cómo concluir aquel fingido melodrama,—me iré...

—Es que si tú te vas, yo me marcho también.

Colocado en este terreno el incidente, fué tomando rumbos de disputa, y todo prometía llegar á un desenlace borrascoso, si don José no hubiese tenido la candorosa ocurrencia de ponerse á sí mismo el dogal, ideando un medio galante de solucionar aquel amoroso conflicto.

—Ea,—exclamó levantándose:—esto ha concluído, porque yo no merezco que dos mocitas tan juncuales anden á la greña por mí. Consuelo, como morena, me gusta mucho; pero Ignacia, con sus ojazos azules, también me vuelve tarumba... De modo que la suerte decidirá entre nosotros, y así ninguna podrá darse por agraviada; yo voy á vendarme los ojos, cual si fuésemos á jugar á la gallina ciega, ¿os parece bien?... y á quien primero atrape de las dos, esa será la preferida...

La proposición fué aceptada con gran regocijo y zambra, y mientras Consuelo vendaba el galán con una servilleta, su amiga, haciéndole mil arrumacos y monísimos dengues, se agachaba delante de él, exclamando:

—Oye, Pepe... no vale mirar, ¿eh?... ¡No vale mirar!...

Y con el busto inclinado hacia adelante y las manos apoyadas sobre las rodillas, le examinaba desde abajo.

Después se apartaron, diciendo:—¡Val...—como chicos que jugasen al escondite; y don José empezó á caminar cautelosamente y extendiendo los brazos para no tropezar. En los primeros momentos oyó risas sofocadas y roce de enaguas que iban de un lado á otro; y después la voz de Consuelo, que gritaba:—¡Aquí, aquí!...—Y los pasos precipitados de una mujer que corría hacia el extremo opuesto de la habitación. Luego, nada... nada...

Don José permaneció perplejo algunos momentos, con los brazos abiertos, procurando sorprender el ruido de alguna respiración, que le orientase entre aquellas tinieblas...

Entre tanto, las dos amigas se marcharon sigilosamente, después de decirle al camarero que les había servido, y á quien encontraron en la puerta del café: «Súbale usted la cuenta al señor, que está esperando...»

Todo este enredo tardó en desarrollarse algunos minutos. Cuando don José oyó los pasos del mozo que se acercaba, quitóse la venda precipitadamente y se halló á oscuras, porque



sus ladinas burladoras, también tuvieron la precaución de apagar la luz...

Y nunca, como entonces, se encontró tan insignificante, tan ridículo, viéndose delante del camarero que, comprendiendo la burla, sonreía socarronamente, presentándole la cuenta...

EDUARDO ZAMACOIS



COMPOSICIÓN Y DIBUJO DE G. CAMPS.

EL GENERAL D. JUAN PRIM

EFEMÉRIDES ILUSTRADAS

El corto espacio de que disponemos no nos permite escribir ni siquiera una reseña histórica del malogrado cuanto ilustre general don Juan Prim.

Procuraremos consignar los principales hechos de su vida, á fin de que nuestros estimados lectores puedan comprender toda la importancia de aquella gran existencia.

Don Juan Prim y Prats nació el 8 de Diciembre de 1814, en la ciudad de Reus, ingresando en el ejército el 21 de Febrero de 1834, en calidad de voluntario del batallón Franco-tiradores de Isabel II, contra la voluntad de sus padres, que le destinaban á la carrera del foro.

Hallábase entonces nuestra patria en los comienzos de la primera guerra civil, vulgarmente llamada de los siete años, en la que se disputaban el trono de España la princesa Isabel, hija del Rey Fernando VII, recientemente fallecido, y el infante Don Carlos, tío de la princesa.

Al terminar esta fratricida lucha con el triunfo de Doña Isabel, Prim, á costa de su generosa sangre, había conquistado el grado de coronel y dos cruces de San Fernando de primera clase.

Regente de España el general Espartero, en nombre de la princesa Isabel, por consecuencia del pronunciamiento de 1840 y la huida á Francia de doña María Cristina; Prim, elegido diputado por la provincia de Tarragona, formó en las filas de la oposición, tomando parte en el movimiento de 1843 contra el Regente, y obteniendo del ministerio López, que se encargó del poder, al salir Espartero de España, el empleo de coronel-brigadier, los títulos de conde de Reus y vizconde del Bruch, y el nombramiento de gobernador militar de Madrid, primero, y luego de Barcelona.

Prim, como otros liberales, engañóse en aquella ocasión; y al ver que á López le sustituía el general Narváez, rechazó cuantos cargos se le ofrecieron, viéndose encausado, preso, y sentenciado á seis meses de prisión en las islas Marianas; cuya



EL REY DON AMADEO DE SÁBOYA VISITANDO, Á SU ENTRADA EN MADRID, EL CADÁVER DEL GENERAL PRIM.

Cuadro de A. GISBERT.

sentencia pudo eludir alejándose de España, hasta la caída de Narváez y la subida de Pacheco, que le nombró capitán general de Puerto-Rico.

Durante su mando, se sublevaron los esclavos de Santa Cruz, colonia danesa, cuyo gobernador invocó su auxilio, que Prim le prestó, siendo condecorado por el rey de Dinamarca con la gran cruz de *Dannebourg*.

En 1853 fué destinado para estudiar las operaciones de los ejércitos en la famosa guerra de Oriente.

Al ocurrir el alzamiento de 1854, contra el conde de San Luis, fué elegido diputado constituyente por Barcelona; desempeñó la capitania general de Granada; y fué promovido al empleo de teniente general y al cargo de senador.

Sabida es su gloriosa participación en la campaña de Africa, por la que obtuvo el título de marqués de los Castillejos, en justo premio á la victoria que alcanzó en aquella sangrienta batalla.

La llamada cuestión de México elevó su nombre á la mayor altura.

México, por consecuencia de largas y porfiadas luchas, decidió suspender sus pagos, temporalmente. Inglaterra, España y Francia, decidieron ocupar sus puertos é intervenir las aduanas de la República, hasta cobrar sus créditos; pero Napoleón III, influido por los conservadores mexicanos, trató de establecer un rey en México. Prim, que había ido mandando las fuerzas de España, se opuso á tal felonía, retirándose con sus tropas, seguido del general inglés y de las suyas.

La opinión general en Europa y América hizo completa justicia á la previsión de Prim, que adivinó el triste resultado que aguardaba á la monarquía implantada en México por Napoleón.

Vuelto á Madrid tomó parte activa en la política; se retrajo con el partido progresista; protestó contra los sucesos de la triste noche de San Daniel; fué el héroe

del banquete de los Campos Elíseos, del que salió verdadero jefe del partido liberal, preparando la por todos esperada revolución.

El 3 de Enero de 1866, partió Prim de Aranjuez con los regimientos de caballería de Bailén y Calatrava. Por causas no esclarecidas, las muchas tropas con que contaba en Madrid y provincias, no secundaron su alzamiento, y el conde de Reus emprendió una habilísima retirada á Portugal, sin perder un hombre.

La vida de Prim fué, desde aquel día, la del conspirador tenaz. Expulsado de todas las naciones no cesó un instante en sus propósitos.

En Agosto de 1867, organizó un nuevo alzamiento, que no obtuvo resultado, por no secundarle la mayoría de los comprometidos.

Disgustado con la Reina el partido de la Unión liberal, entró en la conjuración de los progresistas y demócratas, y el 16 de Septiembre de 1868, Prim aparecía en la bahía de Cádiz, y desde la fragata «Zaragoza», lanzaba el grito de guerra: *¡Viva la Soberanía Nacional!*; grito que repitió en Ceuta, Málaga, Cartagena, Alicante, Barcelona, Lérida y Zaragoza, cuyas tropas y habitantes se pronunciaron al eco de su voz.

El 7 de Octubre, al entrar en Madrid, fué objeto de una entusiasta manifestación. Ministro de la Guerra en el Gobierno Provisional que presidió el general Serrano, al ocupar éste la Regencia, se encargó Prim de la presidencia del ministerio con la cartera de Guerra.

Desde que triunfó la revolución, el conde de Reus comenzó una serie de negociaciones para buscar en Europa un príncipe á quien ofrecer el trono de España. Al fin, las Cortes Constituyentes, en sesión del 16 de Noviembre de 1870, eligieron por 191 voto á Don Amadeo de Saboya, hijo de Víctor Manuel, rey de Italia. Esta elección produjo gran descontento en republicanos, carlistas, montpensieristas,